

LA ECONOMÍA MUNDIAL EN EL NUEVO SIGLO

THEOTONIO DOS SANTOS*

Estamos entrando en el siglo XXI con cambios importantísimos en el sistema económico mundial. Después de un largo período de 30 años en que la economía mundial se caracterizó por una caída en sus principales índices de crecimiento, a partir de 1994 la economía norteamericana entró en un proceso de crecimiento de gran aliento que fue reajustando toda la economía mundial.

Después de varias crisis financieras con fuertes repercusiones económicas las demás regiones del mundo se fueron reajustando a esta nueva situación de recuperación económica que tuvo como característica marcante el abandono de los intereses altos y de las políticas de sobrevalorización cambiaria.

En este nuevo marco, pareciera que el comercio mundial alcanzaría un nuevo auge. Sin embargo, aún bajo la influencia del pensamiento neoliberal, se confunde la expansión del comercio con el crecimiento del "libre mercado".

La realidad es completamente diferente: la expansión del comercio mundial se hace bajo la forma de un creciente monopolio de los mercados mundiales por las grandes empresas globales o transnacionales. Para estar a la altura de esta nueva fase de globalización, ellas se funden en grupos cada vez más planetarios y generan varios mecanismos de actuación conjunta.

Para administrar este comercio mundial cada vez más apoyado en una economía administrada por grandes empresas en asociación con estados nacionales, regionales y locales se hace cada vez más necesario desarrollar los mecanismos de gestión del comercio mundial.

Con este objetivo nació la Organización Mundial del Comercio a pesar de que toda su justificación se inspiraba en un marco ideológico neoliberal. La evolución de esta institución va poco a poco destruyendo estas ilusiones construidas por un pensamiento económico totalmente arcaico.

La reunión de la OMC en Seattle pretendía iniciar una nueva etapa de negociaciones en el sentido de la total liberalización del comercio mundial. Por su importancia era llamada la ronda del milenio. Sin embargo, la reunión resultó en un fracaso y se realizó cercada por vastos movimientos de calle. Los acontecimientos de Seattle causaron enorme perplejidad.

En primer lugar, ellos indicaron el interés creciente de las más amplias capas de la población en los temas relacionados con la globalización. Este dejó de ser un tema de tecnócratas para ganar la opinión pública en general y varias organizaciones sociales en particular. Como lo veremos, particularmente el movimiento sindical norteamericano liderado por los nuevos dirigentes de la poderosa AFL-CIO, asumió la responsabilidad de comandar un enorme movimiento de masas en torno a su concepción del comercio mundial que, como lo veremos, marca una nueva etapa del movimiento laborista mundial.

En segundo lugar, la reunión de la Organización Mundial del Comercio reveló los límites y las posibilidades del libre comercio como principio ordenador del intercambio mundial. Las divergencias entre gobiernos y pueblos enteros respecto a los principios que deben orientar sus relaciones mutuas, indican la imposibilidad de resolver estas cuestiones en nombre de principios abstractos.

Examinemos primeramente las cuestiones principales respecto al contenido mismo de las actividades de la OMC.

Esta institución surgió al final de la Ronda Uruguay que llevó a un estadio muy alto la liberalización del comercio mundial de aranceles y otras limitaciones portuarias. A pesar de la pretensión de que estos acuerdos han generado una gran apertura comercial y una libertad de mercado excepcional, debemos llamar la atención para el hecho de que estas afirmaciones no son corroboradas por los hechos.

De un lado, la libertad cambiaria y arancelaria no elimina otros mecanismos de proteccionismo tales como los subsidios directos o indirectos, las restricciones no arancelarias a la entrada de productos como exigencias de salud, de presentación y otras. Ni tampoco garantiza la capacidad de competir en términos de financiamiento, marketing y otros instrumentos no previstos por los acuerdos de liberación.

Existen aún las cuestiones de orden cambiario. Todos sabemos que la apreciación o devaluación de las monedas es hoy el instrumento privilegiado de la competencia comercial entre las economías nacionales distintas. Tanto es así que las alteraciones cambiarias resultan en performances totalmente distintas de las exportaciones e importaciones de cada país.

Lo más definitivo sin embargo es el hecho de que el comercio mundial está cada vez más determinado por los comportamientos monopólicos y oligopólicos que dominan el mercado mundial. Basta decir que la mayor parte del comercio internacional contemporáneo se realiza al interior de las corporaciones o empresas multinacionales, transnacionales o globales. Este comercio intra-firmas no está sometido a las relaciones de mercado y los precios son administrados por las firmas de acuerdo a su interés de burlar el fisco o de atender a otras razones económicas y sobretodo financieras.

Esta es la razón verdadera de establecer una organización mundial del comercio. Los Estados nacionales más poderosos asumen la tarea de organizar y administrar el comercio mundial, no en la perspectiva de un libre mercado sino, por el contrario, en

la idea de asegurar la hegemonía de sus empresas sobre los mercados nacionales y locales de las naciones menos poderosas. Se trata de impedir que estas naciones dispongan de mecanismos de defensa de sus mercados.

El dominio de los mercados nacionales y locales depende también del control de los medios de información y comunicación que logran, a través de la publicidad y otros mecanismos más sofisticados de influencia cultural, determinar conductas y comportamientos que se traducen en consumo solvente, es decir, en mercado.

Estos argumentos de orden general serían suficientes para demostrar que la idea de una organización mundial del comercio no es un instrumento de la libertad del comercio sino del ordenamiento del comercio mundial a favor de los más fuertes. Sin embargo, existen otras cuestiones mucho más concretas que limitan estas aspiraciones formales de un libre comercio.

La competición entre países y naciones no es un problema reducible a los modelos abstractos de relaciones entre vendedores y compradores. En primer lugar, las estructuras productivas de los países corresponden a fenómenos culturales bastante decisivos. Este es el caso, por ejemplo, de la producción agrícola.

A pesar de que hoy en día la mayor parte de esta producción sea hecha dentro de un complejo industrial y de servicios, durante muchos siglos, ella estuvo asociada a todo un modo de vida que hoy llamamos de campesino o rural. Aceptar sin restricciones la destrucción de este mundo agrícola, forma parte de un comportamiento irresponsable que corta definitivamente nuestra relación con miles de años de historia, de cultura, de referencia para sus nacionales o sobretodo para los moradores locales.

Son formas de vida que no quieren desaparecer para servir a la imposición de una pretendida modernidad. Y en verdad, los pueblos más evolucionados socialmente no quieren que se destruyan estos patrimonios culturales. Es así como estos pueblos defienden radicalmente la conservación de estas formas culturales como la agricultura francesa o alemana o japonesa. Y están dispuestos a pagar por esto sea en forma de precios más elevados o sea bajo la forma de subsidios estatales a los agricultores.

Pero existen razones más pragmáticas para exigir la supervivencia de las economías campesinas en estos países. Se trata de las razones de seguridad alimenticia. El Japón sabe muy bien lo que esto significa. Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses se vieron privados de productos esenciales para la supervivencia de su pueblo. No se trata pues de ninguna paranoia cuando estos países afirman su necesidad de garantizar un consumo básico de ciertos productos esenciales como el arroz en el Japón.

No se debe olvidar también que la desaparición de ciertas formas de producción significa la pérdida para siempre de técnicas y habilidades. Es algo similar a la desaparición de formas de vida a través de la eliminación de especies animales y vegetales. Las formas de vida no se pueden recuperar nunca. De ahí la importancia de la lucha por la conservación de la biodiversidad en el mundo contemporáneo

Para definir esta preocupación con la sobrevivencia de las formas de vida culturales, los europeos formularon el principio de la diversidad o complejidad productiva como fundamento de la conservación de ciertas formas económicas que han perdido valor comercial o que no pueden defenderse de una competición abierta.

Lo grave de esta situación es que los latinoamericanos apostaron en el lado errado de la historia. Convencidos por las fuerzas más reaccionarias de nuestro tiempo de la idea del comercio libre como fundamento de la modernidad, los latinoamericanos abrieron totalmente sus mercados a la competición internacional entregando a su propia suerte industrias recién creadas, sectores agrícolas enteros, servicios esenciales a su identidad cultural y así sucesivamente.

Hoy día los latinoamericanos y otros países del Tercer Mundo son los campeones del libre comercio, de la misma forma en que sus predecesores del final del siglo XIX defendieron el libre cambio, atacando las industrias nacionales como "artificiales". Así como las oligarquías latifundistas impusieron la modernización y el progreso entre nosotros al especializar nuestras economías en la exportación de materias primas y productos agrícolas, los tecnócratas e intermediarios financieros actuales nos han convertido en clientes del sistema financiero internacional. Esto ha conducido a la derrocada de nuestras estructuras productivas.

Es pues muy dudosa la estrategia de nuestros gobiernos que en las reuniones del la OMC pretenden abrir las economías europeas y japonesa para el libre comercio de los productos agrícolas. Con este objetivo han buscado incluso una alianza con los Estados Unidos, el principal interesado en la apertura de los mercados europeos y japoneses. Tratase de un evidente equívoco estratégico.

En primer lugar porque es muy difícil convencer los pueblos de estos países a abandonar su política de protección a sus economía, sociedad y cultura rurales.

En segundo lugar porque una apertura de estos mercados agrícolas difícilmente favorecería a la agricultura por demás debilitada de las economías en desarrollo. Los datos muestran que nuestros países se han convertido en importadores líquidos de productos agrícolas. Esto se debe a la pérdida de la competitividad de nuestras economías debido a nuestra dificultad en adaptarnos a los enormes cambios tecnológicos que vienen operándose en la economía agrícola mundial.

Lo que deberá pasar en el caso en que triunfen las presiones norteamericanas por una mayor liberalización del comercio de productos agrícolas será el aumento de sus exportaciones para Europa y Japón. Será muy poco lo que lograremos aprovechar de esta apertura.

Al lado de estas cuestiones espinosas del comercio mundial, visto desde el ángulo de la política neoliberal, se podrían postular muchas otras cuestiones en un sentido y orientación distintos. Era necesario, por ejemplo, que los países en desarrollo lograsen cohibir el fuerte carácter monopólico y oligopólico del comercio mundial, restringiendo el comercio intra-firmas, la imposición de precios cartelizados en las materias primas y

commodities que conducen a una baja constante de sus precios en detrimento de nuestras economías exportadoras.

En los años 70, en atención al crecimiento de la presión de los países del Tercer Mundo en la economía mundial, Henry Kissinger propuso la creación de un mercado internacional de *commodities*. Este mercado debería ejercer un rol regulador de precios. Es que los países centrales temían, en esta época, la elevación de los precios de estos productos esenciales, similar a la que ocurriera con el petróleo. Ya que habíamos aprendido con la OPEP a crear cárteles exportadores, los grandes compradores buscaban restringir nuestra capacidad de formar y administrar precios internacionales.

Hoy día, estamos debilitados, después de pasar 20 años pagando intereses a los bancos privados de los países centrales y sobretodo después de privatizar nuestras mejores empresas para ajustar nuestras economías a las políticas de valorización de nuestras monedas y a los consecuentes déficits de nuestros balances comerciales.

Además de esto, abrimos totalmente nuestros mercados a la competencia internacional, regresando a la condición de exportadores de materias primas un poco más elaboradas y de productos agrícolas un poco más industrializados.

Asimismo, hemos incorporado a nuestra pauta exportadora algunos productos de mayor nivel tecnológico, que se insertan en el comercio de partes, el cual se expandió como resultado del complejo industrial contemporáneo. Según este complejo, la producción de ciertos bienes supone millares de subdivisiones o partes cuya producción puede desplazarse por todo el mundo, aprovechando la mano de obra barata, el bajo costo del transporte y otras varias ventajas comparativas. El caso más evidente de esto es la industria automovilística que está cada vez más utilizando los países de desarrollo medio para producir partes de los autos en aquellos sectores que suponen mayor intensidad en la utilización de mano de obra barata. Los países del sudeste asiático y las maquilas mexicanas son ejemplos exitosos de estas transferencias.

Exitosos solamente en parte, pues el caso de México muestra que estas economías terminan importando tanto o más de lo que exportan en consecuencia de estas actividades comerciales inter-firmas. De esta forma, no se logran resolver los problemas cambiarios que han dado origen a estas aperturas comerciales que facilitan la atracción de capitales externos y la importación y exportación.

Pero lo más novedoso de la reunión de Seattle vino de las calles. Las enormes manifestaciones que ocurrieron en esta ciudad muestran que surgieron nuevos datos en las negociaciones internacionales. Es necesario comprender que el liderazgo de la gran central sindical norteamericana, la AFL-CIO, fue fundamental para el éxito y las dimensiones de estas manifestaciones. Un movimiento de ONGs jamás alcanzaría estas dimensiones. Ni tampoco tendría sus palabras de orden escuchadas por el propio presidente de los Estados Unidos.

Hace mucho venimos llamando la atención de nuestros lectores para la nueva realidad sindical de Estados Unidos. La AFL-CIO ha cambiado de dirección hace cerca de 3 años

y, a pesar del escepticismo de sectores de la izquierda, se ha transformado en un factor político cada vez más decisivo en los Estados Unidos. En consecuencia se ha puesto en el orden del día una nueva agenda. Esta agenda está fuertemente influenciada por cuestiones internacionales.

En principio su posición es muy favorable al proteccionismo. La AFL-CIO intentó impedir la asignatura del NAFTA, ella logró impedir el "fast track" y ahora logra imponer las condicionales sociales en los préstamos internacionales y obliga finalmente al presidente de Estados Unidos a proponer en la reunión de la OMC las condicionalidades sociales en el comercio mundial.

No nos alcanza discutir en este trabajo la extensión y la importancia de esta nueva agenda internacional. Queremos solamente alertar a los gobiernos y sectores de la opinión pública latinoamericana de que no nos encontramos frente a unos disturbios callejeros pasajeros. La posición de la AFL-CIO corresponde a una evolución muy importante del movimiento obrero internacional pues la globalización no es un privilegio del capital solamente.

Es bueno que se reflexione seriamente sobre el peligro de formar un amplio frente de fuerzas latinoamericanas y del Tercer Mundo por el trabajo esclavo, el trabajo infantil, la flexibilidad del trabajo, la destrucción de la legislación del trabajo y los bajos y miserables salarios que se pagan en nuestra región. Todo esto en nombre de nuestra competitividad en el comercio mundial. Esto es ridículo cuando los países más competitivos en el mercado mundial pagan los más altos salarios del mundo. Este camino es la vía más rápida para conservar y profundizar nuestra miseria y nuestro atraso.

*Profesor titular de la Universidad Federal Fluminense, coordinador de la Cátedra Unesco y de la Red Unesco-Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible, Jefe de la Asesoría de Relaciones Internacionales del Gobierno del estado de Río de Janeiro